



Universidad
Inca Garcilaso de la Vega

ARTE Y CIENCIA DE LA **GALLÍSTICA**

Marco Aurelio Denegri



 **Fondo
EDITORIAL**
Universidad Inca Garcilaso de la Vega

Obras escogidas

Arte y Ciencia
de la
Gallística

Serie: Obras escogidas

Marco Aurelio Denegri

Arte y Ciencia de la Gallística

 Fondo
EDITORIAL
Universidad **Inca Garcilaso de la Vega**

FICHA TÉCNICA

Título:	Arte y Ciencia de la Gallística
Autor:	Marco Aurelio Denegri
Serie:	Obras escogidas
Código:	HUM - 002 - 2015
Editorial:	Fondo Editorial de la UIGV
Formato:	140 mm X 220 mm 248 pp.
Impresión:	Offset y encuadernación, cosido y encolado
Soporte:	Cubierta: folcote calibre 14
Interiores:	Bond avena de 80 g
Tiraje:	2000 ejemplares

Primera edición: 1999

Segunda edición, corregida y aumentada: 2015

Universidad Inca Garcilaso de la Vega

Rector: Luis Cervantes Liñán

Vicerrector Académico: Jorge Lazo Manrique

Vicerrector de Investigación y Posgrado: Juan Carlos Córdova Palacios

Jefe del Fondo Editorial: Fernando Hurtado Ganoza

© Universidad Inca Garcilaso de la Vega

Av. Arequipa 1841 - Lince

Teléf.: 471-1919

Página Web: www.uigv.edu.pe

Fondo Editorial

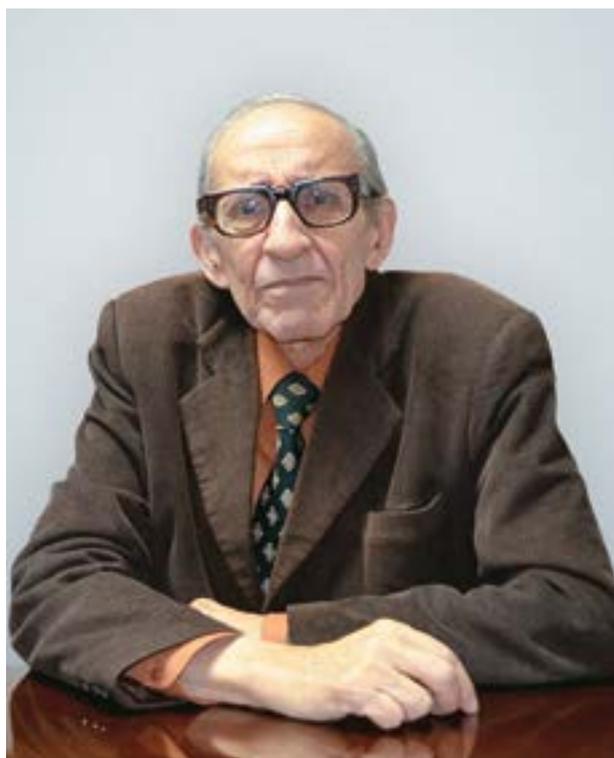
Jr. Luis N. Sáenz 557 - Jesús María

Teléf.: 461-2745 Anexo: 3712 - 3721

Correo electrónico: fondoeditorial@uigv.edu.pe

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio,
sin autorización escrita de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2015-15317
ISBN: 978-612-4050-92-3



ÍNDICE

Presentación del Fondo Editorial	13
Prólogo	15
I. Investigaciones y estudios gallísticos: la necesidad de ellos	17
II. Gallística	23
III. Principales partes del gallo	25
IV. La agresividad del gallo de pelea	29
V. La regresión hacia la media	33
VI. El valor de la gallina en la reproducción	37
VII. Bravura materna y cría	41
VIII. Valdelomar y la gallística	45
IX. Old English Game	69
X. Las enseñanzas de Narragansett	73
10.1. Cría	75
10.2. El nombre de las líneas	76
10.3. El término "puro"	77
10.4. La necesidad de ser ultraselectivo	78
10.5. La gallina de cría	78

10.6.	El gallo de cría	80
10.7.	Los Blancos de Joe Z	81
10.8.	Características de pelea	84
10.9.	Alimentación	90
10.10.	Preparación	90
10.11.	Apreciaciones críticas	97
XI.	Las aves y el sexo de las personas	105
XII.	¿Ya no se puede decir más?	107
XIII.	Señales de peligro	109
XIV.	Percepción del canto gallístico	111
XV.	El chisporroteo	115
XVI.	Entrenamiento y testosterona	117
XVII.	Ajiseco	119
XVIII.	Cazilí	123
XIX.	¿Qué tipo de gallo?	127
XX.	Comparsa gallística del Ochocientos	129
XXI.	Folclor gallístico-urinario	133
XXII.	Bentley y el ideal del "lone wolf"	135
XXIII.	El gallo barbudo de pelea	139
XXIV.	"Pit bantams"	143
XXV.	Ala de pato	145
XXVI.	Signos de envejecimiento	147
XXVII.	Falta de información	149

XXVIII.	Banco de semen gallístico	151
XXIX.	"Gallina que come huevos..."	153
XXX.	La pasión gallística en las horas postreras	155
XXXI.	Gallística y extremismo	157
XXXII.	Gallística arequipeña del Ochocientos	159
XXXIII.	San Pedro y el gallo	163
XXXIV.	Gallística cingalesa	165
XXXV.	Gallística harénica y Gallística corralera	167
XXXVI.	El arte de amarrar la navaja filipina	169
XXXVII.	Anécdota ministerial	171
XXXVIII.	El doctor Laguna y la gallística	173
XXXIX.	Don José Balta y el mulato Pancho Fierro	175
XL.	"El Inmortal"	177
XLI.	De oídas	179
XLII.	De tapada	183
XLIII.	Descripción gallística de San Agustín	185
XLIV.	Gallística a bordo	187
XLV.	El General Santa Anna, gran aficionado	189
XLVI.	Guantes electrónicos para gallos	191
XLVII.	Asil Kulang	193
XLVIII.	Borges y la gallística	195
XLIX.	Hemingway y la gallística	197

L.	Los actores teatrales chinos y la imitación del canto gallístico	199
LI.	Antonio Belmont	201
LII.	Guillermo Filomeno Mendoza	205
LIII.	Jaime de la Fuente Gálvez	215
LIV.	Aspectos históricos de la gallística del Reino Unido: la gallística escolar	221
LV.	Bibliografía gallística selecta	229

PRESENTACIÓN DEL FONDO EDITORIAL

En 1999 se publicó la primera edición de este libro y se agotó en pocos meses. En primer lugar, porque como todos los libros del autor está bien escrito y la exposición es clara y fundada. Y en segundo lugar, porque sistematiza los conocimientos esenciales del arte y ciencia de la gallística. El saber gallístico existe y es enorme pero está desperdigado. Denegri me recordaba al respecto, en una de nuestras conversaciones, y medio en broma y medio en serio, que en gallística hay mucha *entropía*, es decir, mucho desorden. (En física se dice *entropía* de la medida del desorden de un sistema.)

Lo que en buena cuenta pretendemos con la publicación de esta obra es ordenar los conocimientos gallísticos y aclararlos debidamente cuando sea necesario. Antes hicieron lo mismo y muy bien criadores latinoamericanos tan distinguidos como Carlos Fabres Guzmán, Rafael Mañas Perdomo y Francisco Elías.

Fernando Hurtado Ganoza

Jefe del Fondo Editorial

PRÓLOGO

*"Hay tres cosas de paso
gallardo / y cuatro de elegante
marcha: / el león —fuerte entre los
animales— / que ante nada
retrocede, / el gallo que se pasea
ufano entre las gallinas, / el macho
cabrío que conduce el rebaño / y el rey
que arenga a su pueblo."*

(Proverbios, 30: 29-31.)

*La pelea de gallos es prototipo de coraje y
valentía. Por eso Temístocles, señalando
dos gallos que estaban en plena lid,
arengó a sus hombres para que en
Salamina tuviesen tanto denuedo como
el que mostraban es ese momento los
emplumados contendientes.
La demostración encorajinó a los soldados
y éstos, resueltamente, triunfaron de los
persas en el combate naval recién aludido.*

(Marco Aurelio Denegri)

Juzgo pertinente repetir ahora lo que dije al prologar el *Manual Básico de Gallos de Riña*, del gran criador argentino, Rafael Mañas Perdomo.

Dije en aquella oportunidad, entre otras cosas, que en estos países tercermundistas, «países de la hamaca», como los llamaba nuestro lexicógrafo Juan de Arona, abundan en el mundo gallístico

la cháchara y el palique, pero las realizaciones concretas, los aportes efectivos de teoría gallística, las investigaciones y los estudios, brillan por su ausencia. Son notorias la locuacidad y la jactancia, al paso que escasean, y mucho, las contribuciones teóricas significativas. Se habla excesivamente y sobre todo se fanfarronea de lo lindo; pero cuando se trata de escribir algo sobre gallística, callan los hablistanes y se ponen en apuros. Nadie atina a nada y todos aducen pretextos y disculpas. Al fin y al cabo, qué otra cosa podrían hacer, si ni siquiera tienen ortografía y jamás han abierto un libro.

Explayarse fantasiosamente, esto es, contar las mil y una noches gallísticas, es muy fácil; pero escribir un artículo, un ensayo y particularmente un libro, requiere de otras calificaciones. El entusiasmo y la imaginación no bastan. Es necesario adquirir conocimientos, estudiar, investigar y desvelarse en la pesquisa de noticias y en la ventilación de explicaciones, hipótesis y teorías.

En el Perú, a causa de lo que llamaré el hamaquismo prevaleciente y también, claro está, por ignorancia supina, que es la procedente de negligencia en aprender e inquirir lo que puede y debe saberse, no se ha publicado hasta la fecha ni un solo libro sobre nuestra historia gallística, a pesar de que ésta tiene más de cuatrocientos años. No menos sorprendente es el hecho de ser yo el único comentarista gallístico del relato valdelomariano, publicado en 1913, «El Caballero Carmelo». Es preocupante que este famoso relato haya merecido los comentarios gallísticos de una sola persona. Unicidad o singularidad indicativa de la patente escasez que hay en nuestro medio de estudiosos de la gallística.

Lo que entre nosotros impera es la tahurería, los gritos y el jolgorio; a eso se reduce nuestra gallística. Pero con semejante política continuaremos inevitablemente sumidos en el empirismo y el folclorismo. Con exclamaciones, cervezas, anticuchos y fanfarronadas, acaso nos divirtamos momentáneamente, pero así es imposible que progrese la gallística. Para su progreso se ha menester investigación y estudio. De ello no me cabe la menor duda. Ojalá, pues, que este libro anime y motive a los que hoy no estudian ni investigan.

Marco Aurelio Denegri

I

INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS GALLÍSTICOS: LA NECESIDAD DE ELLOS

En el último tomo de los dieciséis que componen la monumental *Historia de la República del Perú*, del doctor Jorge Basadre, hay todo un capítulo sobre la música en el Perú, pero muy escasas páginas, apenas seis, sobre nuestra música criolla. Yo mencioné esta escasez y la comenté al presentar, en enero del 2001, en la Municipalidad de Lima, el *Libro de Oro del Vals Peruano*, cuya autoría comparten Raúl Castrillón y Eleazar Valverde.

Bien, pero volvamos a lo de las seis páginas. Esperaríamos hallar otras tantas en relación con la gallística nacional, en el capítulo que Basadre dedica a los espectáculos. Esperanza infundada: Basadre no dedica ni una sola línea a nuestra gallística. En cambio, dedica muchas a las corridas de toros, a las carreras de caballos, al teatro y a otros espectáculos. Basadre no estaba informado acerca de la gallística, en general, ni tampoco, particularmente, acerca de nuestra propia gallística. En consecuencia, prefirió callar. Al fin y al cabo, mejor es callar que hablar sin fundamento, aunque no por eso deja de sorprender que un historiador tan ilustre no haya tenido el interés y la diligencia de consultar algunos trabajos que le hubiesen permitido componer un capitulillo gallístico substancioso y noticiante. Y aludo a trabajos que no son de difícil busca ni mucho menos inubicables. Por ejemplo, los de Ricardo Palma, Carlos Prince, Ismael Portal, José Gálvez y Jorge Donayre Belaúnde. Además, aunque esto ya es más difícil, pero en realidad no lo hubiese sido para el doctor Basadre, que conocía perfectamente la colección del *Mercurio Peruano*, en el número del 20 de enero de 1791 hay un artículo muy interesante titulado "Historia y descripción de nuestro Coliseo de Gallos".

En resumen, si esta omisión se echa de ver en una obra tan extensa y estimable como la de Jorge Basadre, en otras obras históricas de menor categoría es obvio que también comprobaremos parejas omisiones. Lo cual nos enfrenta derechamente a una realidad incontrovertible, a saber: la escasez bibliográfica en materia gallística, sobre todo en español, y especialmente en el Perú.

Dice Palma que cincuenta años después de la fundación de Lima, o sea en 1585, ya se celebraban en la capital peleas de gallos. Tenemos, pues, más de cuatrocientos años de historia gallística, pero hay una patente incorrespondencia entre una historia tan larga y una producción bibliográfica tan corta. Cortedad que se puede explicar diciendo que la gallística, salvo algunas excepciones, no se ha considerado ni se considera arte ni ciencia, sino diversión y espectáculo, juego y jolgorio. Natural secuela de una palmaria ignorancia.

La *vivenciación y participación* rigen tanto en el espectáculo gallístico, que han terminado por anular, prácticamente, la necesidad de *estudiar* la gallística.

Quien sólo quiera jugar gallos y quiera únicamente eso, no tiene ninguna necesidad de leer a Atkinson ni a Finsterbusch. Ni siquiera sabe quiénes son; pero aunque lo supiera, ¿qué le aprovecharía leer a esos autores, que podrían enseñarle? ¡Nada! ¿Nada? ¡Claro, nada, si él ya lo sabe todo!

En el Perú y en otras partes reina soberana una pretensión nefasta: *la pretensión de saber*. Abundan, entre nosotros, los sabios y sabihondos de la gallística. Hablar con ellos es fatigante y apenas son tolerables un par de minutos. Jamás tendrán la humildad de reconocer que hay muchas cosas que ignoran. Y la primera y fundamental es que lo malo no es no saber. No saber es lo normal. Lo malo es no querer saber y pretender sin embargo que se sabe lo que en verdad se ignora.

La pretensa sabiduría gallística de los hablistanes que la ostentan en los coliseos es anecdótica y folclórica, pero tales sabidillos desconocen completamente los libros consagrados a la gallística, y los tratados, ensayos, monografías y artículos gallísticos. Por cierto que les abriríamos los ojos si les dijésemos que un criador notable, el mexicano Edsel Bixler, confiesa en la página 8 de su libro *Los Gallos Orientales de Combate*, lo mucho que le han servido los escritos gallísticos, particularmente en idioma inglés.

Debo poner ahora sobre el tapete otro hecho incontrastable, y es la absoluta *competitividad* reinante en el mundo gallístico. En efecto, de lo que se trata es de ganar como sea, aunque los gallos ganadores disten muchísimo de la excelencia, o hayan ganado por un golpe de suerte, o le hayan ganado a un gallo malo. Nada de eso importa. Lo importante es ganar "*a como dé lugar*", y lo digo con una expresión que suelen repetir mis connacionales y que equivale aparentemente a la locución adverbial coloquial *a lo que salga*.

Siempre he sostenido, como sostenía el gran criador norteamericano Frank Shy, *alias* Narragansett, que al reñidero hay que llevar solamente gallos excelentes, porque si no las riñas devienen en exhibiciones lamentables de lo que denomino "*basura emplumada*".

Se me dirá que si sólo vamos a llevar excelencia al reñidero, entonces habrá menos jugadas de gallos, habrá menos juego. Ah, por supuesto; *ergo*, elijamos: o cada vez más juego y cada vez menos calidad, o cada vez más calidad y cada vez menos juego. Pero es muy difícil, si no imposible, que coexistan la excelencia gallística y el juego extendido y considerable. No; o lo uno o lo otro.

Progreso de la investigación gallística

Hace alrededor de sesenta años (escribo esto en el 2012), Juan Arres, en su libro *Espolones en Combate*, manifestó que sobre gallos ya se había dicho todo lo que se tenía que decir, razón por la cual él se había limitado a recopilar, traducir y ordenar los escritos gallísticos publicados.

Que Juan Arres haya tenido la ocurrencia de proferir semejante despropósito es indicativo de que por ver los árboles no vio el bosque. La verdad es que en materia gallística hay mucho pan que rebanar, mucho camino que recorrer y mucha investigación que realizar. Ejemplificaré el punto.

¿Qué se sabía hace sesenta años de los mitos y símbolos del gallo?

Se sabía, básicamente, que el gallo es símbolo solar y fálico, símbolo del vigor físico, ave de la mañana y emblema de la vigilancia y actividad.

Se inmolaba a Príapo y a Esculapio para obtener la curación de los enfermos.

Se tenía al gallo por ave de la fecundidad y desempeñaba como tal un papel importante en los ritos matrimoniales de diversos pueblos.

En la Edad Media, el gallo aparecía casi siempre en la veleta más elevada, sobre las torres y cimborrios o cúpulas de las catedrales.

Sabemos, además, que Pedro, antes que el gallo cante, negó conocer a Jesús. Cuando Pedro exclamó, refiriéndose a Jesús: "¡Yo no conozco a ese hombre!", inmediatamente cantó el gallo.

Finsterbusch, en su libro *Cockfighting all over the World*, dice que ese gallo de la negación de Pedro era un banquiva puro y posiblemente un gallo de pelea descendiente de la estirpe persa que importaron los fenicios o los árabes.

Es verosímil que haya sido un banquiva, pero lo otro, lo de la estirpe persa importada por los fenicios o los árabes es totalmente conjetural.

El gallo, en la simbología cristiana, no sólo evoca la resurrección de Cristo, sino la nuestra y aparece como tal símbolo en los sepulcros paleocristianos.

Por otra parte, en heráldica, el gallo simboliza, no sólo la vigilancia, sino también la osadía y el orgullo, y se le representa de perfil, la cabeza levantada y la cola enhiesta con las plumas cayendo en penacho.

Finalmente, el gallo es uno de los emblemas nacionales de Francia y con cierta frecuencia se le denomina **le coq gaulois** (el gallo galo).

Ahora bien: si todos estos conocimientos nos pareciesen suficientes, entonces, claro está, juzgaríamos innecesario profundizar e investigar más el asunto. Ése fue el sentir de Juan Arres cuando declaró despropositadamente que ya no había nada más que decir sobre gallos, porque todo estaba dicho.

Lo que hoy en general se sabe del simbolismo y la mitología del gallo es insuficiente y está disperso. Por eso los amantes del saber debemos alegrarnos por la publicación del libro de Paul de Saint-Hilaire, *Le Coq, Mythes & Symboles* (París, Dedale Editions, 1990, 159 pp., il.).

El libro tiene 12 capítulos, 1 apéndice, 2 anexos, bibliografía, notas e ilustraciones. El autor ha sido tan minucioso, que se ha

dado el trabajo de hacer la lista de todas las familias que tienen al gallo como figura heráldica principal en sus respectivos escudos de armas.

Éste es un solo ejemplo de los frutos que puede rendir y rinde la investigación gallística rectamente entendida y desenvuelta con fundamento.

II GALLÍSTICA

"Los cronistas anteriores al siglo XVIII —dice Gálvez— no traen referencias a la **gallística**, para emplear el castizo vocablo de un precioso artículo de Ricardo Palma; ausencia reveladora de la falta de carácter público de tal hábito." (José Gálvez, *Calles de Lima y Meses del Año*, 58.) (Véase también Ricardo Palma, *Tradiciones Peruanas*, V, [242]-249).

En el *Diccionario de Peruanismos*, de Juan Álvarez Vita, no figura el término *gallística*. Tampoco en el DRAE 2014. La lingüista Martha Hildebrandt lo usó recientemente en su sección "Habla culta", de *El Comercio*, el 29 de marzo del 2015, al ocuparse de la expresión **enterrar el pico** y dijo que era "*locución verbal de la gallística*".

La Academia dice que el sufijo **-ística** "*produce algún sustantivo*" y aduce como único ejemplo *patrística*. Los sustantivos en **-ística** constantes en el DRAE 2001 son 24 y los neologismos con tal sufijo que yo he podido documentar son 41. (Véase al respecto el capítulo 48 de mi libro *Lexicografía*.)

Gallística es el arte y ciencia de la cría y preparación de los gallos de pelea. Dícese también *gallística* (ésta es la segunda acepción) de las mismas riñas de gallos, del espectáculo de las riñas gallísticas.

Manifiesta Sánchez que la gallística es "*una de las pocas ciencias cultivadas con seriedad y firmeza en mi Perú*". (Luis Alberto Sánchez, *Pasos de un Peregrino Son Errante...*, 111.)

Discrepo del recordado opinante. Entre nosotros, la gallística no es ciencia, o casi no lo es (hay ciertamente excepciones), sino mezcla de folclor y empirismo.

III

PRINCIPALES PARTES DEL GALLO

Se necesitarían por lo menos dos dibujos para indicar las partes más importantes del gallo. En uno solo, como el que mostramos aquí, entresacado de la obra *Poultry Colour Guide*, del doctor J. Batty y Charles Francis, hay ciertas omisiones inevitables y no atribuibles a ignorancia o negligencia, sino a la dificultad y a veces imposibilidad del señalamiento.

Me sorprende, empero, que se indiquen los *caireles* de la *silla*, pero no la *silla*, o sea la parte posterior del dorso, adyacente a la cola; y era muy fácil indicarla. No me sorprende, en cambio, que no se hayan señalado la *capa* o *manto* ni los *hombros*, porque en el dibujo no se ven. Tampoco el *plumón* es mostrable, por hallarse debajo del plumaje exterior. Por otro lado, hay partes mostrables pero no importantes; verbigracia, el borde frontal del ala a la altura del dorso (*frente del ala*) y la extremidad de las primarias (*punta del ala*).

He prescindido de algunos términos que ya no tienen vigencia o que la tienen muy reducida; por ejemplo, *esclavina* y *muceta*, vocablos con que antes se designaba la *golilla*. Antes se decía también *llorón* para referirse a los caireles de la silla, esto es, al conjunto de ellos, o más precisamente, al conjunto de *lloronas* o *lancetas*. Otro término que ha caído en desuso es *plastrón*, término de origen francés designativo del plumaje que cubre la región comprendida entre el buche, la punta de los hombros y que termina a mitad del esternón.

Estas voces y otras más, como *rémigés*, *tectrices* y *rectrices*, eran usuales en la época de don Carlos Voitellier y don Salvador Castelló Carreras, grandes y cultísimos avicultores de antaño.



Principales partes del gallo

- | | | | |
|----|-------------------------|----|----------------------------|
| 1 | Cresta | 14 | Remeras primarias |
| 2 | Ojo | 15 | Quilla |
| 3 | Cara | 16 | Muslo |
| 4 | Pico | 17 | Caireles de la silla |
| 5 | Barbas | 18 | Abdomen |
| 6 | Oído | 19 | Articulación tibiotarsiana |
| 7 | Orejilla | 20 | Tarso |
| 8 | Golilla | 21 | Espolón |
| 9 | Pecho | 22 | Dedos |
| 10 | Dorso o espalda | 23 | Cobijas de la cola |
| 11 | Arco del ala | 24 | Timoneras |
| 12 | Barra del ala | 25 | Hoces o caudales mayores |
| 13 | Remeras secundarias (*) | 26 | Hoces o caudales menores |

(*) Cuando el ala, como en este caso, está plegada, lo que se ve de las secundarias es una sección triangular que se llama, justamente, *triángulo del ala*.

He prescindido, naturalmente, de la terminología local, regional y folclórica, cuya riqueza no discuto, pero cuya inclusión habría embarullado el asunto. Piénsese, tan sólo, en los sinónimos de *espolón*: *espuela*, *estaca*, *cacho*; y a éstos habría que agregar *garrón*, que entre nosotros nadie dice, pero que consta en el Diccionario de la Academia. Piénsese, además, que la diversidad terminológica puede ser manifiestamente errónea, como por ejemplo llamar *tarso*, como hace el *Standard Argentino de Perfección Avícola*, equivocándose de medio a medio, a lo que técnicamente debe llamarse articulación tibiotarsiana; o llamarla *calcáneo*, *codo*, *corvejón*, *jarrete*, *nudillo* o *talón*; expresiones completamente equivocadas y que deben reemplazarse, repito, por la expresión *articulación tibiotarsiana*.

Ahora bien: la expresión de que se trata, si bien correcta, es en realidad una concesión al uso de muchos avicultores, uso que ha sancionado la Academia en su Diccionario, puesto que la segunda acepción de tarso reza así: "*La parte más delgada de las patas de las aves que une los dedos con la tibia y ordinariamente no tiene plumas.*"

Pero las aves, estrictamente hablando, no tienen tarso, o sea el conjunto de huesos cortos situados entre los huesos de la pierna y el metatarso. El número de esos huesos cortos es variable: siete en el *talón* del hombre y seis en el *corvejón* del caballo.

Y si las aves no tienen *tarso*, entonces tampoco pueden tener *metatarso*, porque el *metatarso* es, como lo indica el prefijo *meta-*, lo que está más allá o después del *tarso*, vale decir, lo que está más allá o después de algo que las aves no tienen. Hablar, pues, de "*articulación tibio-metatarsiana*", como hace Colusi en su artículo "Reovirosis aviar y su profilaxis", tampoco es admisible. (Cf. *Ovonoticias & Alimentaria*, 1987, 11: 109, 49.) Inadmisible es también que el adjetivo *tarsiano*, según propuso el maestro Voiteulier, debiera entenderse como aféresis de *metatarsiano*. (Cf. Voiteulier, *Avicultura*, 66.)

Ángel Bianchi Lischetti quiso indudablemente cortar por lo sano y no enfrascarse en este intríngulis terminológico, y se expresó como sigue en su *Curso de Zoología*:

"El tarso y el metatarso están substituidos por un hueso, el cañón, que lleva un hueso accesorio y da inserción a los dedos, que por lo común son cuatro, de los que uno se llama dedo posterior."

El problema es que *cañón* tiene en avicultura dos acepciones muy precisas: la primera, parte córnea de la pluma del ave; y la segunda, pluma del ave cuando empieza a nacer.

A estas alturas, pretender que *cañón* signifique también lo que por costumbre y sanción académica llamamos *tarso* es, si no imposible, difícilísimo.

IV

LA AGRESIVIDAD DEL GALLO DE PELEA

"Lo que olvidan ambos [Dart y Ardrey] es el hecho de que los herbívoros no son más pacíficos que los carnívoros, de ningún modo.

Los toros atacan a otros toros, y los gallos se han convertido en símbolo animal de la agresividad. Los tiroleses llevan plumas de gallo a manera de ornamento viril, y las llaman 'Schneidfeder', plumas de gallardía."

(Irenäus Eibl-Eibesfeldt)

Por sensiblería o por ignorancia, o por las dos cosas a un tiempo, se suele aducir el argumento impertinente de la crueldad cuando se desaprueban las riñas gallísticas y cuando se pretende incluso prohibirlas.

Pues bien: sepan de una vez los impugnadores (aunque dicen que no hay peor sordo que el que no quiere oír) que el gallo de pelea se llama precisamente así porque el afán que tiene de pelear es *connatural*, su impulso de agresión es *innato*, y como excede con largueza a lo común y regular, este animal ostenta necesariamente extraordinaria agresividad.

Agresividad es sinónimo de *acometividad*. *Acometividad* es la propensión a acometer o reñir. *Acometer* es embestir con ímpetu y ardimiento. *Embestir* significa lo mismo que abalanzarse, *abalanzarse* es lanzarse, arrojarse en dirección a alguien o algo.

El gallo de pelea es acometedor principalísimo y agresor notable porque está *genéticamente programado* para serlo; nadie le enseña a ser agresivo; viene así de fábrica; la suya es, pues, una agresividad innata, constitucional e irrenunciable.

El gallo de pelea ostenta, repito, extraordinaria agresividad; también el toro de lidia; pero la superagresividad de éste como la de aquél *no son naturales*, sino creación humana. Ni el gallo de pelea ni el toro de lidia existen en estado natural, no son productos naturales, sino *facticios*. La palabra *facticio*, que no tiene nada que ver con *ficticio*, indica todo aquello que no es natural y se hace por arte. El gallo de pelea y el toro de lidia se han logrado mediante el arte y ciencia de la crianza. El hombre ha modificado, pues, lo que la naturaleza produjo. La naturaleza produjo gallos y toros comunes, pero no gallos y toros de lidia.

El doctor Fiacro Betancourt, en un artículo sobre la agresividad publicado en la revista mexicana *Cantaclaro*, manifiesta que el gallo de pelea, "*como cualquier otro animal, tiene potencialmente el impulso de la huida o de la flaqueza como factor conservador de vida; es decir, que la naturaleza, en un sapientísimo acto de protección a sus hijos, los ha dotado de este recurso que en mi opinión debe ser el más respetable y dignificador de todos: la huida ante una situación que pone fatalmente en peligro la vida*". (Fiacro Betancourt, "La agresividad". *Cantaclaro*, 1986, 30:6, 29.)

Discrepo del doctor Betancourt. El gallo de pelea no es "*como cualquier otro animal*", en que el instinto de conservación se sobrepone a todos los demás instintos. Cualquier otro animal tiene una agresividad normal que no se sobrepone nunca al instinto de conservación; *pero la agresividad del gallo de pelea no es normal, es una agresividad hipertrofiada*.

El hombre, valiéndose de sus conocimientos, de su arte, de su dedicación, ha conseguido magnificar hasta tal punto la agresividad del gallo de riña y del toro de lidia, que el instinto de conservación de estos animales queda relegado en los instantes de mayor violencia, dolor y peligro, de suerte que el animal prefiere morir antes que huir.

Por ello es timbre de orgullo para cualquier criador de animales de combate declarar que ninguno de los suyos ha huido jamás. *La huida significa, sencillamente, que el criador no ha sido capaz de producir animales cuya agresividad se sobreponga al instinto de conservación en situaciones de extremo riesgo*. Cuando lo logra, los animales de su cría nunca huyen. Se sobreentiende, por supuesto, que me refiero a animales sanos y en perfectas condiciones, no a animales disminuidos o menoscabados por razón de enfermedad o por otras razones.

"En los gallos y en los hombres —dice Ricardo Palma—, el sentimiento bélico se sobrepone a todo." (Ricardo Palma, *Epistolario*. Prólogo de Raúl Porras Barrenechea. Lima, Editorial Cultura Antártica, 1949, 1, 291-292.) (Palma hace esta observación en una carta que 'dirige a Daniel Granada el 31 de julio de 1915.)

El científico austríaco Irenäus Eibl- Eibesfeldt, apoyándose en las investigaciones realizadas por J. Kruijt con los gallos de Burma, afirma lo siguiente respecto a la agresividad gallística:

"Los gallos, de pelea, criados en aislamiento, combaten su propia sombra a falta de rival. Intentan también picotearse la cola y clavarse los espolones, y dan en ese intento vueltas en redondo, de una manera que parece completamente absurda. No cabe duda de que los gallos no han desarrollado esas ansias de lucha en base a experiencias sociales." (I. Eibl-Eibesfeldt, *El Hombre Preprogramado*. Cuarta edición. Madrid, Alianza Editorial, 1983, 99. / I. Eibl-Eibesfeldt, *Amor y Odio*. México, Siglo Veintiuno, 1972, 67. / Armin Heymer, *Diccionario Etológico*. Prólogo de I. Eibl-Eibesfeldt. Barcelona, Ediciones Omega, 1982, s.v. "Hipótesis de la pulsión agresiva".)

En 1986, la doctora Alice Denteter, de Holanda, especialista en conducta animal y a la sazón visitante de nuestro país, me decía que en el suyo tuvo ocasión de criar, *en completo aislamiento*, gallos de pelea; y según mi informante, los gallos criados así, *sin ninguna socialización*, manifestaban sin embargo la irrefrenable propensión a reñir.

Este comportamiento también se observa en gallos que han sido criados normalmente, es decir, gallos que no han sido aislados, y que al proceder de ese modo descargan simplemente su impulsividad reñidora. Me sorprende por eso que un criador de tanta experiencia como Francisco Elías, diga en la página 96 de la segunda edición de su libro *Galos de Briga e Briga de Galos* (muy buen libro, por lo demás), que el gallo que combate a un rival imaginario o que brega consigo mismo, indica con semejante comportamiento la deficiencia o precariedad de su medio ambiente. Ocurre, sin embargo, que hay gallos cuyo medio ambiente es muy adecuado y a pesar de ello no dejan de desfogar solitariamente su agresividad.

Llego, pues a la conclusión de que el gallo de pelea no sólo quiere pelear, *sino que no puede dejar de quererlo*. De lo contrario, no sería un auténtico gallo de pelea. *Nació con el impulso de*

agredir y está destinado a la contienda. Tiene que contender y no puede dejar de contender y acabará sus días conteniendo. La única y sola razón de su existencia es reñir. Pretender, pues, que no riña, es tan disparatado como pretender que el rosal no dé rosas.

V

LA REGRESIÓN HACIA LA MEDIA

Espero que a estas alturas, o en estas honduras, tengan los más de mis lectores idea clara de lo que es, básicamente, el gallo de pelea. Básicamente, el gallo de pelea es *artificialeza*, no naturaleza.

El gallo de pelea, o de lidia, o de riña, o de combate, es producto artificial, creación artificial, creación humana, ente facticio, vale decir, no natural.

En la naturaleza no hay gallos de pelea, sino gallos comunes; tampoco hay toros de lidia, sino toros comunes. El hombre, con su arte y ciencia, con su ingenio y dedicación, transformó los gallos comunes y toros comunes en gallos de pelea y toros de lidia.

Ahora bien: los gallos y toros comunes son los gallos y toros normales.(*). Constituyen, pues, la media de tales animales, esto es, el valor medio, o punto medio, o término medio, entre dos extremos. Uno de éstos es el de la cabal deficiencia, y el otro, el de la cabal excelencia. Un gallo normal tendrá, por ejemplo, una agresividad promedial, es decir, propia de la media; pero un excelente gallo de pelea tendrá una agresividad extraordinaria, y por eso mismo extrema; y al revés, un gallo sin ninguna agresividad será por tal causa extraordinariamente deficiente, y,

(*) Entre los que sobresalen y prevalecen los más fuertes y vigorosos, o los mejor armados.

"Así como el hombre —escribe Darwin— puede mejorar la raza de sus gallos de pelea, seleccionando los que resulten victoriosos en el ruedo, también los machos más fuertes y más vigorosos, o los mejor armados, han prevalecido en la naturaleza, lo cual ha significado el mejoramiento de la raza natural o de la especie." (Citado por Louis Bounoure, *El Instinto Sexual*. Madrid, Ediciones Morata, 1962, 154.)

en consecuencia, estará en el otro extremo, en el extremo de la cabal deficiencia.

La naturaleza no es extremista, pero el hombre sí, y justamente por ello creó ese incomparable producto que se llama gallo de pelea, el cual, desgraciadamente, o mejor dicho, inevitablemente, está siempre en riesgo de perder su carácter extraordinario, está siempre expuesto a dejar de ser extremista. Explicaré por qué.

En todo los organismos que se reproducen sexualmente, y en cualquier rasgo o característica cuya heredabilidad sea menor que el ciento por ciento, se produce el fenómeno conocido como *regresión hacia la media*.

Consiste en lo siguiente: los padres con características extremas tienden a producir descendientes con características menos extremas. Por ejemplo, si los padres son de considerable estatura, entonces la estatura de los hijos será también considerable, pero *menor* que la de sus progenitores. En cambio, si la talla de éstos es pequeña, entonces la de los hijos será *mayor* que la de sus progenitores, aunque desde luego menor que la media de estatura.

Lo excesivo tenderá, pues, a ser menos excesivo, y lo deficitario, menos deficitario. Los individuos que están en los extremos, ora por falta, ora por demasía, son *permanentemente* atraídos por la fuerza gravitatoria del centro; tenderán, pues, siempre a regresar a la media, o sea a lo normal y ordinario, a lo común y corriente.

El hecho de que haya aves que estén, por su calidad superlativa, en el extremo de la excelencia, y, por consiguiente, en el punto más lejano del punto medio, no significa que, por tal lejanía, hayan escapado del campo gravitacional del centro; no; éste seguirá ejerciendo su atracción.

Por eso el criador debe percatarse de que es menester indispensablemente contrarrestar la gravitación central mediante un nivel óptimo de crianza; porque al menor descuido, al menor error, comenzará la degradación de la excelencia; o lo que es lo mismo, se iniciará la regresión hacia la media; y puesto que aún no ha nacido el criador que lo sepa todo, la inevitabilidad del proceso regresivo es un hecho incontestable.

En efecto, la regresión hacia la media *jamás* deja de producirse. Todos los criadores tienen que enfrentar y padecer este fenómeno. Naturalmente, los mejores criadores lo sufren en menor medida, porque son más diestros y sapientes y condenan juiciosamente

al degüello a gran parte de sus propias crías si éstas no tienen la estupenda calidad que ellos buscan.

Pero la estupenda calidad que ellos buscan tiene, cuando se logra, el inconveniente, por desgracia irremediable, de la precariedad. En gallística, la excelencia es precaria. La inevitabilidad del proceso regresivo hacia la media impone necesariamente tal precariedad. Imposición que es por otra parte reto formidable o gran desafío para cualquier criador auténtico de gallos de pelea. Y reto permanente, desafío de todas las horas, preocupación constante, casi obsesiva.

Por cierto que sentir así la precariedad de la excelencia equivale a vivirla pasionalmente. Y eso está bien, porque como decía Hegel:

"Nada grande se ha hecho en el mundo sin pasión."

VI

EL VALOR DE LA GALLINA EN LA REPRODUCCIÓN

Una creencia difundidísima asegura que la gallina tiene, en cuanto a la reproducción, más valor, mucho más valor que el gallo. Esto significaría, si fuese cierto, que el aporte genético de la gallina es mayor que el del gallo, lo cual, desde el punto de vista de la genética clásica, es una aberración.

He conversado sobre este asunto con el doctor Juan Chávez Cossío, catedrático de Mejoramiento Genético de la Universidad Nacional Agraria de La Molina, y a continuación resumo sus declaraciones.

"Sabido es que el núcleo de la célula es el portador del material genético, y que un gallo será negro, por ejemplo, o tendrá cualquier otro color, debido a la clase particular de gene que el animal reciba de sus padres (cincuenta por ciento de cada uno).

"Sin embargo, en plantas y animales inferiores se ha observado que los genes localizados en el núcleo pueden ser modificados en su función por el material genético del citoplasma, que es la substancia que rodea al núcleo.

"Es posible que el elemento responsable de dichos efectos sea la 'mitocondria', un organelo que se encuentra en el citoplasma de células tanto animales como vegetales y cuya función básica atañe a la respiración celular y a la producción de energía para la célula.

"Lo interesante de dicho organelo es que tiene material genético y produce proteínas; y aunque las que se conocen

pasan a formar su propia estructura, es posible que algunas de las que se producen puedan también interaccionar, ya sea con el material genético nuclear o con proteínas producidas a partir de éste, y ejercer cierta acción que se traduciría en una influencia extranuclear, vale decir, extracromosómica, y que comúnmente se conoce como herencia citoplasmática.

"Lo peculiar de todo esto es que la herencia citoplasmática (transferencia de mitocondrias) sólo se debe a la madre'.

"En el momento de la fertilización, cuando el espermatozoide penetra en el óvulo para que luego el material nuclear aportado por el padre y la madre se unan y formen el embrión, 'el óvulo es el único que aporta las mitocondrias', pero no el espermatozoide.

"Existiría, pues, en cuanto a la herencia, una 'adición' a lo que es aportado por el material nuclear, y esta adición hereditaria es 'materna'.

"Las hembras aportarían, pues, a su descendencia un material genético 'mayor' que el que aportan los machos, y en consecuencia la gallina podría tener mucha más influencia genética sobre su prole que el gallo.

"Conviene no olvidar, sin embargo, que siendo la gallina, aparentemente, más influyente que el gallo, el criador debiera tener mucho cuidado en seleccionarla, porque una gallina mala haría un daño mucho mayor en el criadero que un gallo malo. Además, como no son las gallinas las que pelean en el ruedo, su selección es de por sí difícil."

Lo que manifiesta el doctor Chávez Cossío es muy interesante, pero no como *verdad demostrada*, sino como *presunción fundada*. O lo que es igual: actualmente hay buenas razones para presumir que la gallina tiene mayor influjo genético que el gallo, pero aún no disponemos de pruebas incontrovertibles que lo demuestren.

Muchos criadores concuerdan en que la descendencia de un gallo bueno y una gallina inferior será invariablemente mala; pero la descendencia de una gallina buena y un gallo inferior será regular, pero rara vez mala. Incluso puede ser, ocasionalmente, muy buena, según afirma don Rafael Mañas Perdomo en su libro *El Gallo de Riña*. Dice:

"No olvidar nunca que la gallina debe ser mejor que el gallo en clase, pelea, color, en una palabra, en todo. En la India no se vende una buena gallina, así se pague todo el oro del mundo

por ella. Tuve una gallina Asil, muy pequeña, durante siete años. Con cualquier cholo [en el norte argentino, gallo cobarde] lograba excelentes gallos, extraordinarios combatientes, pero no de buen aspecto. Luego de morir ésta de vejez, me costó mucho encontrar otra."

Sin embargo, es un hecho comprobado —Mañas insiste sobre el particular en su libro *El Gallo Fino Combatiente*— que los descendientes de una gallina buena y un gallo inferior son proclives a huir. El porcentaje de gallos huidos en esta clase de animales es muy alto.

Y un dato más, que entresaco de la obra de Narragansett, *Modern Breeding of Game Fowl (Cría Moderna de Aves de Riña)*:

"La empresa subastadora Fasig-Tipton, que ha organizado en los Estados Unidos durante muchas décadas las principales subastas de caballos de pura raza, estima que de diez caballos de gran actuación en las competencias, solamente uno demuestra ser buen semental, mientras que de diez yeguas de gran actuación, seis demuestran ser buenas reproductoras. Lo cual es indicativo de la relativa importancia que tienen las gallinas en la reproducción. A mí me interesa mucho más identificar a la madre de un gallo de notable actuación en los reñideros, que al padre de ese gallo."

Diré, finalmente, que desde hace un par de décadas, poco más o menos, se nota en el mundo gallístico, de parte de los criadores más responsables, un gran interés en la genética. Los mejores criadores son hoy los que saben de genética o los que se hacen asesorar por genetistas de primera. Hoy no se concibe una buena gallística sin una buena genética. Aún más: donde esté la mejor genética, estará la mejor gallística. En la actualidad, la mejor genética está en los Estados Unidos. La mejor gallística, consiguientemente, está también en los Estados Unidos.

Aprecie el lector la importancia de la genética y la percatación que tienen los gringos de esa importancia, enterándose de la siguiente noticia, no precisamente gallística, sino extragallística, pero interesantísima y hasta sensacional:

¿Se imaginan ustedes un cerdo sin grasa, un chanco magro? Parece un contrasentido y sin embargo se trata de una realidad, puesto que ya existen chanchos así, chanchos desgrasados. Los hay en Norteamérica y véase por qué.

Los norteamericanos son cada vez más conscientes de que la carne de chanco es la menos adecuada para conservar la esbeltez y prevenir el aumento de colesterol. En consecuencia, hoy es menor el consumo de carne porcina y mayor el de pescado y carne de pollo. Así lo asegura la revista *Business Week*.

La industria porcina, antes floreciente y hoy en picada, ha tenido, pues, que acudir preocupadísima a la genética para que esta ciencia la salve de la crisis o al menos lo intente; y he aquí que los genetistas, luego de pacientes esfuerzos, han logrado sintetizar una hormona del crecimiento a la que llaman *somatotropina porcina*. Esta hormona reduce drásticamente el contenido de grasa de los cerdos en un setenta por ciento. La hormona la fabrica Biogen y la distribuye International Minerals & Chemical Corporation.

Tratar un chanco con esta hormona cuesta exactamente cuatro dólares. Por otra parte, con el advenimiento de los chanchos magros, el criador gastará naturalmente menos en alimentarlos. La cantidad de alimento que ingiere un chanco tratado con somatotropina porcina se reduce en un treinta por ciento.

Post-Scriptum: Lo fundamental de este artículo lo escribí en 1987. En 1993, la revista *The Gamecock* publicó, como novedad, un artículo del doctor Donald P. Hollis titulado "The mighty mitochondrion or why the hen is mightier than the rooster"; es decir: "La poderosa mitocondria o por qué la gallina es más poderosa que el gallo." (Véase *The Gamecock*, 1993, 56:3, 49-51.)

Lo que el doctor Hollis expone en su artículo, que dicho sea de paso es uno de los capítulos de su libro *A Cocker's World: Reflections on the Universal Sport*, lo que el doctor expone, repito, acerca de la mitocondria y el valor de la hembra como pie de cría, coincide plenamente con lo que yo había expuesto seis años antes. Me anticipé, pues, tocante a este asunto, y por varios años, a los estudiosos norteamericanos de la gallística.

Lo expreso así, satisfecho, y quiero que los lectores compartan esta satisfacción.

VII

BRAVURA MATERNA Y CRÍA

En el libro *Sex and Temperament in Three Primitive Societies*, de la antropóloga norteamericana Margaret Mead, leemos que los arapeshanos de Nueva Guinea se caracterizan por su bondad y su capacidad de servicio; son ecuanímenes, considerados, amistosos, alegres y tratan amorosamente a sus hijos. Los mundugomoreses, también de Nueva Guinea, son todo lo contrario: agresivos, violentos, caníbales y desamorados con sus hijos, malquerientes de ellos.

Los arapeshanos, supuestamente, son buenos por el buen trato que recibieron cuando niños; y malos, en cambio, los mundugomoreses, por el maltrato que sufrieron cuando niños. A los primeros se les dio amor y fueron buenos; a los segundos, desamor y fueron malos.

Pero la verdad es que hay una serie de pueblos sumamente belicosos y aguerridos que tratan muy bien a sus hijos, con mucho amor y delicadeza; las tribus del Nilo, por ejemplo, y particularmente los masainos, de patente agresividad, pero consideradísimos con su prole y hasta mimadores de ella. (Cf. I. Eibl-Eibesfeldt, *Etología. Introducción al estudio comparado del comportamiento*. Barcelona, Ediciones Omega, 1974, 289.)

No es, pues, solamente el trato que recibe el infante lo que habrá de determinar su manera de ser; no es ésa la sola causa; tienen que haber, indudablemente, otras, y de hecho las hay. La causación simple y directa nos puede resultar muy atractiva por su apariencia de plausibilidad y porque es fácil plantearla; pero generalmente no es cierta; si lo fuese, si fuese cierto lo de las causas únicas, entonces enhorabuena, puesto que así todo se simplificaría;

pero la realidad —tengámoslo siempre presente— es compleja, complicada, y en ella concurren muchas causas y concausas. Veamos como ejemplificación un caso de la realidad gallística.

"La bravura de la gallina es base fundamental para que la cría después no huya. El magnetismo animal transmitido por la gallina a los huevos, y más tarde a los pollitos, en cuanto a viveza, instinto de conservación, guapeza, y todas las buenas cualidades de la madre, es un hecho comprobado por todos los criadores. El fenómeno se conoce como 'impregnación', y no sólo es, como lo hemos explicado, de la madre a la descendencia, sino también del gallo a la gallina." (Carlos Fabres Guzmán y Juan Uribe Echevarría, *La Riña de Gallos*. Santiago de Chile, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1979, 135.)

Lo expuesto en este pasaje por don Carlos Fabres Guzmán me parece completamente equivocado. Y sea esto dicho con el respeto que debe merecemos a todos la memoria de tan ilustre criador chileno.

La teoría del magnetismo animal, llamada también *mesmerismo*, por haber sido su creador el médico alemán Franz Anton Mesmer (1732-1815), estuvo de moda en Francia hacia fines del siglo XVIII. Hoy tiene carácter histórico, pero no sustento científico.

Además, en biología, el término *impregnación* no significa transmisión magnética, como creía Fabres, sino fecundación del óvulo por el espermatozoide, y así mismo influencia que una primera fecundación ejerce en el producto de otra ulterior por distinto progenitor.

El notable criador inglés Herbert Atkinson, admitió también, aunque más cautelosamente que Fabres, la supuesta transmisión magnética de la gallina a la cría nonata.

"Parece, pues, bastante posible —dice Atkinson— que el embrión, especialmente en la última etapa de la incubación, pueda recibir parte de la naturaleza o de las características de la gallina transmitidas a su cerebro y a su cuerpo por el magnetismo animal o por ondas de alguna especie que aún no ha descubierto la ciencia." (Herbert Atkinson, *Cockfighting and Game Fowl*. Cuarta impresión. Liss, Hampshire, Inglaterra, Nimrod Press, 1986, 27.)

Atkinson, como se ve, aduce el magnetismo animal, y sólo como posibilidad, en relación, principalmente, con la última

etapa del proceso incubatorio. Fabres, en cambio, adujo el magnetismo animal, no como posibilidad, *sino como realidad*, y no sólo respecto a la gallina y los polluelos, sino que llegó a decir, demasiándose en su dicho, que la presunta transmisión magnética ocurría también entre el gallo y la gallina, lo cual, a mi juicio, pertenece el reino de la fantasía.

La creencia de Fabres de que la bravura de la gallina es esencial para que después la cría no huya, no lo comparten otros célebres criadores; verbigracia, Arch Ruport, quien en su obra *The Art of Cockfighting*, dice preferir a la gallina dócil y tranquila. Narragansett prefería a la que mostraba viveza, esto es, prontitud o celeridad en las acciones; prefería, pues a la gallina *smart*, vale decir, lista, despierta y activa; pero en ninguna de sus obras —y las he leído todas— afirma Narragansett que la *brood hen*, la gallina para cría, debe ser brava.

En el libro *Cocking Science (La Ciencia de la Gallística)*, publicado por *The Feathered Warrior*, el autor no da su voto a favor de la gallina irascible o pendenciera (*quarrelsome*), y agrega que los mejores gallos suelen tener por madres a gallinas apacibles y ecuanímes, es decir, *eventempered*.

En el libro *Game Chickens and how to breed them*, Tan Bark escribe lo siguiente:

"La pugnacidad de una gallina no es indicativa de su calidad. Algunas buenas gallinas arman camorras y pendencias; otras, no. Ello no indica nada."

Que la bravura de la gallina no indica nada fue también la opinión de varios criadores peruanos, catorce, exactamente, a quienes pregunté sobre el particular.

En conclusión, *la bravura de la gallina es indiferente. La transmisión magnética de la gallina a los huevos y después a los pollitos es científicamente inadmisibile. Y la transmisión magnética del gallo a la gallina es sencillamente fantástica.*



PILE MOÑUDO

NUESTRO CARMELO, EN PUNTO A PLUMAJE, ES UN REMEDO DEL *PILE* INGLÉS. (PRONÚNCIESE *PÁIL*.)

Dícese *moñudo* del gallo que tiene en la cabeza un grupo de plumas que sobresale.

VIII

VALDELOMAR Y LA GALLÍSTICA

Si en un cuento taurino, muy seriamente escrito, se dijese que el toro de lidia, principalmente el de gran trapío, pesa cien kilos y tiene las orejas verdes, el lomo anaranjado, la cola negra y el resto del cuerpo celeste, entonces todos a una nos mofaríamos de sandeces tamañas. Reacción normal, claro está, por haber, como hay en nuestro medio, cultura taurina. (1) Mas no habiéndola gallística, díganse —y ya se han dicho— los mayores dislates sobre el particular, y no pasará nada, porque el desconocimiento abismal de la gallística reina soberano, y los pocos sapientes que pudieran criticar y corregir fundadamente a los que desbarran, se abstienen de ello, o por timidez, o por desidia, o por no sentirse capaces de expresar bien lo que quieren.

No mereció por eso Félix del Valle reprimenda cuando dijo que el gallo canta a veces durante una pelea después del primer picotazo. ([9]) Tampoco se reprendió a Gibson por haber convertido la excepción en regla, afirmando que el gallo vencedor, ante el "*sangriento cadáver*" del vencido, emite "*la vibrante, la guerrera fanfarria de su canto*". ([17]) San Agustín creía lo mismo, aunque para él no era "*vibrante*" sino "*soberbio*" el canto del triunfador: "*superbum cantum*", dice. ([2], lib. I, 8, 25.) Pero la realidad es distinta. La realidad es en este caso más deslucida que la ficción.

También Zavaleta atenta contra la gallística en el siguiente pasaje de *Los Ingar*:

"*Como gallo que, vanidoso, esponjadas la cresta y las plumas, hundiera con una pata su navajazo al enemigo, así lo vi riñendo con alguien.*" ([42], 9.)

El pronominal *esponjarse* significa, figuradamente, entre otras cosas, hincharse. ¿Desde cuándo se le hinchan al gallo las plumas y la cresta? Desde que Zavaleta tuvo la ocurrencia de decirlo. Las plumas no se hinchan, *se erizan*. Y aunque generalmente el navajero va descrestado al combate, particularmente luce en él cresta recortada en forma de machete. Pues bien: díganme los que entienden de esto si alguna vez han visto a un machetón con cresta y plumas "*esponjadas*". Lo habrán visto —lo hemos visto todos los aficionados— con las plumas erizadas, pero el machete no se esponja, ni se eriza, ni se mueve; está allí como adorno. (Noticia de pasada, interparentéticamente, que a Vallejo le decían "Machetón", por la forma de su nariz.) ([22], 144.)

En *La Masacre de los Coroneles*, "Sinfonía barroca en 3 tiempos", dice Miró lo siguiente:

"En la quinta de don Santiago, el negro Ismael guardaba a las gallinas que se habían quedado picoteando en la huerta. En medio del corral, el Carmelo esperaba. Movía la cabeza buscando, eligiendo, mientras sacudía sus alas de miel con un ronroneo de insinuante reclamo." ([25], 97.)

Quien esté más dispuesto que yo a tomar en serio la clasificación de plumajes que hizo Brignole, dejará pasar lo de las "*alas de miel*", porque según Brignole hay carmelos *melados* (no "*enmelados*", como él dice, pues *enmelar* es untar con miel, o hacer miel las abejas, o endulzar). En todo caso, eso no es lo importante, sino lo del ronroneo, que todos creíamos privativo del gato, hasta que Miró lo amplió a las gallináceas, mejorando la obra del Creador, que hasta ahora sólo les había permitido cacarear, gritar y cantar.

Gregorio Martínez, en diálogo con Ricardo González Vigil, asegura que en un tope de gallos no es necesario soltarlos. ¡No es necesario!

"En el tope no sueltas al gallo, no porque piensas que la riña no debe resolverse, sino porque en ese momento no es necesario." ([19])

Gravísima confusión del tope con el careo, que es poner cara a cara dos gallos, sin soltados, efectivamente, para ver si erizan la golilla. Si la erizan es que no se temen y están dispuestos a pelear. Los más fogosos, en erizándola, picotean al rival, o al menos lo intentan.

Es malo de suyo que se equivoquen tan lamentablemente estos autores; pero aun desconociendo la gallística, no la malquieren, o en todo caso, no publican su malquerencia. Los hay, empero, que ignorándola de arriba abajo, se permiten despreciarla, como si apestase a *folklore* y cholería. Desdeñosidad semejante se echa de ver, por ejemplo, en Vargas Llosa, cuya nula sintonización con la gallística lo lleva a estampar el desatino de que el gallo de *El Coronel no tiene quien le escriba* es presencia metafórica.

"*El famoso gallo de lidia* —escribe Vargas Llosa—, *que atraviesa rumboso y encrespado la peor literatura latinoamericana como apoteosis folclórica, cruza metafóricamente las páginas que describen la agonía moral del coronel que aguarda la imposible cesantía, encarnando la sordidez provinciana y el suave horror cotidiano de América.*" ([41], 107.)

Si bien Abraham Valdelomar, *alias* Conde de Lemos, se equivoca de lo lindo, como demostraré en seguida, en cuestiones gallísticas, su creación más mentada, "El Caballero Carmelo", no es en absoluto muestra de "*la peor literatura latinoamericana*". Al respecto, el que se equivoca, y notoriamente, es Vargas Llosa.

"El Caballero Carmelo" se publicó originalmente en el diario *La Nación*, el 13 de noviembre de 1913. Cinco años después se publicó la edición definitiva. La mejor edición del texto es la de Zubizarreta. ([43]) Todas las otras son corrientes.

"El Caballero Carmelo", manifestación cumplida de la más pura valdelomaridad, tiene, pues, ochenta años, y no obstante la muchedumbre de equivocaciones gallísticas que hay en este famoso cuento (Max Silva Tuesta dice que no es cuento, sino relato), ninguna ha merecido hasta ahora el menor reparo de los críticos, que si bien padecen —iqué duda cabe!— de insipiente gallística, debieran al menos averiguar y enterarse. Pero no; ellos a lo sumo discuten las posibles influencias gallístico-literarias ([34], 438); verbigracia, si Rostand influyó o no en Valdelomar, o si pudo haber influido Radiguet ([32], xiii). Pero de los puntos gallísticos concretos no se ocupan, y cuando por ventura los rozan, desbarran. (2)

Armando Zubizarreta, investigador diligente y minucioso, arguye razones para defender la comparación que hace Valdelomar entre el número de habitantes de San Andrés de los Pescadores y la cuantía de dátiles que producen veinte palmeras, comparación infeliz, recusada por Bendejú ([43], 183, n. 46); Armando Zubizarreta, repito, que se avispa en cosas de este orden, no aguja,

en cambio, el entendimiento cuando se trata de la gallística (3), y ofrece por ello una definición tan inútil de la *traba* como la definición académica del *engandujo*. Dice: "*Elemento que se pone a los gallos para evitar que se dañen las piernas.*" ([43], 143, n. 17.) Si alguien puede enterarse con esto de lo que es una traba, entonces que me lo diga. Tendré, pues, que explicar el punto.

En jerga gallística se llama *traba* a una cuerda de un metro y medio de longitud, poco más o menos, y generalmente de algodón y de dos colores. Se compone, en realidad, de dos partes que están unidas por un eslabón giratorio que evita que la cuerda se tuerza. La primera parte, de unos treinta centímetros de longitud, es la más ancha (alrededor de una pulgada de ancho) y semejante por eso a una correa. La parte restante es acordonada. En el extremo de la primera parte hay un ojal por donde se mete el cabo suelto de la parte acordonada y se hace una lazada corrediza que se ajusta en el tarso izquierdo del gallo navajero, que es donde se coloca y asegura el arma. El extremo libre o cabo suelto se amarra a una estaca o a una argolla, y de este modo el gallo queda *trabado* o *entrabado*, o sea impedido de desplazarse más allá de lo que le permita la longitud de la traba.

También se equivoca Zubizarreta al suponer que la designación gallística de *carmelo* se refiere a un color, al color castaño. ([43], 143, n. 20.) Error de bulto que corregiré inmediatamente pomenorizando el plumaje carmético.

Dícese *carmelo*, en jerga gallística, del gallo que tiene el dorso, los hombros y el arco del ala, de color pardo rojizo; la barra del ala, de color blanco; el triángulo de ésta, acanelado; la golilla y la silla, de color anaranjado o rojo acastañado; el resto del cuerpo, blanco, y también la cola.

Como los religiosos de la orden del Carmen, los carmelitas, llevan hábito *pardo* y capa *blanca*, posiblemente la designación gallística de que se trata se originó por alusión a tal vestimenta. (Recuérdese que con la voz *carmelita* se designa, entre otras cosas, el color pardo, castaño claro o acanelado.)

Nuestro carmelo es descendiente del *pile* de los ingleses, que es el carmelo original, variedad surgida en el siglo XVII por obra del rey Carlos II, que era "*passionately fond of cock-fighting*" ([3], 13), esto es, se despepitaba por la riña de gallos. Tanto es así, que cuando estuvo de visita en Newmarket, en octubre de 1684, concurría dos veces diarias al reñidero: en las mañanas, de diez a una, y en las tardes, de seis a siete.

Pues bien: no sé qué caramelo habrá visto Valdelomar, pero estoy seguro de que no era caramelo, lo que se llama *caramelo*. Y hasta me atrevería a decir, habida cuenta de la insipiencia gallística del autor, que éste oyó campanas pero no supo dónde; o lo que es lo mismo, sólo que con otras palabras: parece que Valdelomar nunca vio un caramelo. Lo que seguramente vio fue un carameloide, el carameloide que había en su casa y al que se refiere en el siguiente pasaje de una carta que dirige a su hermana Jesús: "*Por las mañanas —¿te acuerdas?— despertábamos al canto del gallo Carmelo [...]*." Y luego, más adelante, vuelve a mencionarlo: "*Desde aquellos arcádicos tiempos del gallo Carmelo, [...]*" ([38], 834-835. La carta no está incluida en [39].)

El Caballero Carmelo, según Valdelomar, tenía cola y golilla tornasoladas; el cuerpo "*de color caramelo*"; y "*de oro*", las alas.

A ver, veamos. El tornasol es el reflejo de ciertas cosas que parece ser de color distinto del suyo propio; el tornasol es el viso o cambiante. Por ejemplo, la cola negra del giro o del ajisecho tiene visos o cambiantes verdosos. Pero la cola del caramelo es blanca, y lo blanco carece de tornasol. No era, pues, blanca la cola del gallo que Valdelomar describe. ¿Y entonces de qué color era? Lo ignoramos. Pero de ninguna manera era blanca. Y un gallo que no luzca cola blanca, no es, en principio, caramelo.

Desde luego, tan impropia será la descripción carmética que omita lo blanco, como la que calle lo pardo; deslíz cometido por Donayre cuando nos dice que el caramelo es "*conjunción de blanco puro, bordeado por amarillos muy fuertes y blancos como copos de algodón bajo el sol que reverbera*". ([11], 27.) Caracterizar así el plumaje carmético, sin decir ni pío de las plumas carmelitas, es equivocarse de medio a medio, porque un gallo blanco y amarillo no puede ser caramelo. Además, ¿que tiene que ver en todo esto "*el sol que reverbera*"?

Tampoco sabemos de qué color era la golilla del mentado Caballero. Que haya sido, como nos dice el cuentista, tornasolada, es dato inútil, porque el dicente silencia el color de las plumas y el del tornasol.

Es llano disparate la afirmación valdelomariana de haber sido "*de color caramelo*" el cuerpo del gallo. El color caramelo no existe; con la voz caramelo se designa el efecto de estar combinados, básicamente, en el plumaje del gallo, dos colores: el pardo y el blanco. Con las voces *caramelo*, *ajisecho*, *giro*, *malatobo*, *flor de haba*, *moro* y otras, no se designan colores, sino combinaciones de

colores. ("¡Jergo!", exclamó un día mi madre, señalando un gallo que tenía efectivamente ese plumaje. Esto me lo dijo ya cargada de años y fue para mí preciosa manifestación de un saber avícola, provinciano y limitado, pero indudable, adquirido en su juventud cuando criaba gallinas con sus hermanas en Huaraz. Siempre he sido y soy por cierto admirador del saber. Por eso me encantó esa exclamación gallística de mi madre: "¡Jergo!")

Por indicación que se lee en las líneas finales del relato, sabemos que las alas del Carmelo eran áureas. Debieron, si carméticas, haber sido distintas; pero tuvieron que ser áureas, por juzgarlas el autor más elegantes y prestigiosas que las genuinas, que tal vez ni conocía. El travieso iqueño nos endilgó, pues, las doradas alas que había forjado su imaginación, no exentas de gracia, reconozcámoslo, cuanto más si iluminadas por "*la luz sangrienta del crepúsculo*".

En fin, ante tanta imprecisión cromática, sólo me resta llegar a la conclusión de que el carmelo del cuento, más que serlo, estrictamente, era un remedo, un gallo de varios colores mal combinados, vale decir, un gallo de plumaje abigarrado; pero como posiblemente lucía plumas carmelitas, al punto se le llamó carmelo, sin parar mientes en la distribución de éstas (distribución importantísima), ni en la presencia (absolutamente necesaria) de plumas blancas, que por cierto deben estar también puntualmente distribuidas. (Ni en el *ginger breasted yellow pile* —el carmelo amarillo de Albión— dejan de estar presentes las plumas blancas.)

Las estacas del paladín, según el Conde de Lemos, eran "*musulmanas*". Zubizarreta se apresura a decirnos que el autor no usa tal adjetivo por exotismo, sino para acentuar la idea de curvatura. ([43], 70.) Doble error. En primer lugar, porque se trata, evidentemente, de un exotismo modernista. En otros textos de Valdelomar hallamos expresiones como "*asiria desolación*" ([37], xviii), "*ánfora etrusca y argentina*" ([38], 723; [39], 11, 270), "*asiática crueldad*" ([38], 619; [39], II, 94). En segundo lugar, Valdelomar no quería dar a entender que las estacas eran curvas como las espadas musulmanas; no; sino que eran *guerreras*; y esto es lógico si se tiene en cuenta que los musulmanes, por la *ihad* o guerra santa, deben guerrear siempre contra los infieles; el Corán lo prescribe y la historia lo testimonia. ([20], s.v. "Jihad".)

El adjetivo *musulmán*, en el uso valdelomariano, es pues sinónimo de *guerrero*, como se aprecia en el siguiente ejemplo que consta en **La Mariscala**: "*nuestra historia gubernativa, tan*

llena de desfallecimientos musulmanes y de violencias bárbaras". ([38], [473]; [39], II, 12.)

Ajena por todo extremo era para Valdelomar la gallística. Confunde por eso la cabeza con la cara y dice que aquélla era roja, "*afilada cabeza roja*", supuesto acierto de expresión que el autor repite unos párrafos después. Confunde también, y muy lastimosamente, las piernas con los tarsos. Dice, además, que los ojos del carmelo eran "*redondos*" (como si pudiesen ser cuadrados) y que el paladín tenía "*agallas*" (como si fuese un pez). Detengámonos en esto último. Realmente, ¿a qué se refería Valdelomar? *Agalla* significa, entre otras cosas, "*cada uno de los costados de la cabeza del ave, que corresponden a las sienes*". ([1], I, s.v. "*Agalla*".) Aceptación perfectamente desconocida en el Perú y en muchas otras partes (yo diría que en todas partes). Tal vez Valdelomar aludía a las barbas; sólo que a los gallos de pelea los desbarban, y supongo que al Carmelo ya lo habían desbarbado. Claro que de repente supongo mal, porque con este gallo singular puede ocurrir cualquier cosa. También es posible que Valdelomar llamase "*agallas*" a las orejillas. Bueno, todo es posible cuando Valdelomar incursiona en la gallística.

Sabemos que la cresta era "*delgada*", y hemos de suponer fundadamente que el Carmelo peleó con ella, puesto que Valdelomar no aclara en ningún momento que lo descrestaron, ni que lo semidescrestaron, dejándole machete, que por lo demás nunca es delgado, de manera que si lo tuvo —y no fue así— se patentizaría la incongruencia de referirse a la delgadez crestal.

Tampoco nos dice el Conde de Lemos si al gallo le despuntaron las "*agudas*" estacas. Omisiones importantes, porque un gallo con cresta y espolones cabales no está en condiciones de enfrentarse armado en una jugada de desafío. Pero el Carmelo, que antes de la jugada del 28 de julio, ya había resultado vencedor "*en muchas lides singulares*", peleó en ellas, y naturalmente en la del cuento, con cresta y estacas íntegras. Un absurdo.

Desconoce Valdelomar, por otra parte, el significado de *topar*. Dice que en la jugada de San Andrés, el Carmelo "*toparía*" con el Ajiseco. *Topar* significa entre nosotros echar a pelear los gallos por vía de ensayo durante cuarenta o sesenta segundos, aproximadamente, *sin armarlos*, por supuesto. El Carmelo no iba, pues, a topar con el Ajiseco, sino a pelear con él, armados ambos contrincantes con sendas navajas. ¡Elemental, estimado señor don Pedro Abraham Valdelomar y Pinto!

Repare el lector en que no acabo de declarar una estimación fingida. Al contrario, estimo de veras a Valdelomar. Fue prosista galano y desconcertador admirable de burgueses (4); pero en materia gallística confió únicamente en la imaginación, exclusivamente en ella, y la imaginación, como decía Santa Teresa, es la loca de la casa.

Y ahora dos palabras sobre la edad. Sabido es que a partir de los tres años —y a veces antes— el gallo de pelea comienza a perder reflejos y se va volviendo tardo. Pues bien: el singular Carmelo, que desde que lo trajo el hijo mayor Roberto, "*hacía ya tres años que estaba en casa*", debía de tener unos dos, por lo menos, cuando llegó. Este gallo de cinco años, y quizá de seis, "*viejo y achacoso*", como reconoce el propio Valdelomar, no podía, ni siquiera remotamente, tener actuación tan estupenda como la descrita por el cuentista iqueño. A un gallo viejo y achacoso lo fulminan en dos patadas y de dos patadas. Por más que tenga "*todo el coraje de los gallos de Caucato*". (5)

Enfrentado al enemigo, el Carmelo "*empezó a picotear, agitó las alas y cantó estentóreamente*". ¿Qué empezó a picotear el Carmelo? ¿El suelo? ¿O empezó a picotearse la pata armada, por la apretadura del amarre? Esto último suele verse cuando el gallo tiene aún puesta la funda o vaina de la navaja, *pero no después*, cuando se la quitan y lo echan a la arena para el combate. Y si fue el suelo lo que picoteó el Carmelo, entonces debió decirlo Valdelomar, porque no se sobreentiende; amén de que acción tal es inconcebible en un gallo canchero como el Carmelo, vencedor "*en muchas lides singulares*" y "*cuyo prestigio era mayor que el del Alcalde*". Eso lo hacen, cuando lo hacen, gallos novatos y hambrientos, deseosos de encontrar un maicito que les calme la gazuza. O gallos como los que imagina Diez-Canseco, que "*picotean en la arena confiados e imprudentes*". ([10], 124.)

Véanse ahora estas dos pifias seguidas: "*y alargaron sus erizados cuellos —dice Valdelomar—, tocándose los picos sin perder terreno*". Cualquier gallero, cualquier aficionado a la gallística sabe que el cuello no se eriza, sino la golilla, y que antes de la primera embestida, con las golillas erizadas ambos rivales, *jamás llegan a tocarse los picos*. Sólo quien no ha visto riñas de gallos, o quien habiéndolas visto tiene escasisíma o nula capacidad de observación, puede aseverar lo contrario.

Si Valdelomar hubiese sabido un poquitín siquiera de gallística, entonces no habría dicho que el Carmelo "*jamás picaba*

a su adversario, que tal cosa es cobardía". No picaría por zozco, o por falta de muela, o por su misma decrepitud; pero no es demérito el picar, sino virtud. No picar es redonda deficiencia; y al revés, picar es gran cosa, no cobardía.

Esta figuración vana de la inteligencia, sin ningún fundamento, que es el Caballero Carmelo, gallo hartado de días, como Job, y encima achacoso, tuvo la ocurrencia de cantar en plena lid. ¡Pero cuándo se ha visto que los gallos canten en tal circunstancia? ¡Y menos si están heridos, y el Carmelo lo estaba! (6) A veces cantan antes de la primera acometida, mientras estudian y miden al rival; cantan desafiantes y provocativos; pero no bien arremeten contra el enemigo, o no bien éste se les abalanza, ya no vuelven a cantar durante el trámite afanoso de liquidar al contrincante. Que el Carmelo haya cantado en ese trance es sencillamente despropósito. Y que a los dos días de celebrado el combate, y ya moribundo, haya vuelto a cantar, es otro despropósito. (7)

Excepcional y rarísimo es el caso del gallo El Pimiento, que cantó *inmediatamente después* de haber empatado una pelea, su última pelea. Cuando su careador lo recogía de la arena, cantó este ajisecho prieto llamado El Pimiento y murió luego. ([7], 50.) Ese canto fue la manifestación postrera de su bravura y arrogancia. Recién terminada la pelea, el gallo estaba enardecido aún; pero el otro, el valdelomariano del cuento, malherido y a punto de morir, estaba tranquilito y melancólico, contemplando el cielo, y estando así, cantó también. ¡Habernos endilgado Valdelomar semejante inverosimilitud!

Quiso Valdelomar, al describir la muerte del Carmelo, conmovedor; y la verdad es que lo consiguió. Sí, porque los más de los lectores, que poco o nada saben de gallística, ven en la descripción algo tan humano, tan tierno, que inevitablemente se figuran asistentes al tránsito de un ser querido. ¡Ah, si supiesen que los gallos de pelea mueren muy distintamente!

Gravemente herido y a un paso del acabamiento, el Carmelo hizo lo que sigue:

"Acercóse a la ventana, miró la luz, agitó débilmente las alas y estuvo largo rato en la contemplación del cielo. Luego abrió nerviosamente las alas de oro, enseñoreóse y cantó. Retrocedió unos pasos, inclinó el tornasolado cuello sobre el pecho, tembló, desplomóse, estiró sus débiles patitas, y mirádonos, mirádonos amoroso, expiró apaciblemente."

En primer lugar, ¡qué tal retahíla de pretéritos indefinidos! ¡Trece! Caramba, ni que estuviésemos leyendo a Bryce, que también deslustra su prosa con similares y fatigosísimas reiteraciones.

En segundo lugar, y esto es lo importante: ni mueren así los gallos, ni antes de morir se ponen a contemplar el firmamento, ni mucho menos se enseñorean y cantan, porque apenas pueden con su alma. La escena, por fantástica, resulta divertida, no conmovedora. Realmente, la antropomorfización es tan neta y dulcisona, que al punto se evidencia que sólo pudo habersele ocurrido a un ignorante de la gallística.

Palma, con el gracejo que solía, nos ha dejado la descripción de la jornada gallística del domingo 15 de septiembre de 1874 ([27], V, [242] - 249.) Pero advierte: "*Conste que no reincidí en el pecado.*" Y nos dice además su complacencia por la falta de eco que tuvo entonces la propuesta de crear la *Revista Gallística*. Y se complace también de que la afición gallística decaiga. "*Afortunadamente —dice—, la afición empieza a decaer, y ya no se codean en el circo generales y magistrados con zapateros y rufianes, como sucedía hasta los años de 1860.*" ([27], II, [139].) (8)

Desamorado para con la riña de gallos y naturalmente incapaz de vivenciarla (al revés de su padre, gallero insigne) ([24], 19), Palma compuso acerca de ella un discurso superficial y meramente informativo. Pero al menos no fue la suya calidad de imaginante. Valdelomar, en cambio, fue cabal imaginante en materia gallística. No sólo desconocía el asunto; tampoco quiso conocerlo. Tuvo, pues, que fabularlo. Creía, como tantísima gente, que el saber gallístico es lo de menos y que a un artista como él le bastaba con el sentir y le sobraba con la imaginación. Lo curioso es que en otras cosas, menesteroso el Conde de noticias, no se atrevía a fabularlas; antes bien, buscábalas con avidez.

"*Quiero saber, por ejemplo —dice a su madre en una carta—, cómo se llaman esas hojas redondas que hay en las acequias sobre el agua, en Pisco, verdes, que sirven para curar paperas, y esa yerbecita verde que crece en las sangraderas, que había mucho en Ica; dime cómo se llama la iglesia que está tapiada en Pisco, como quien va a un pepinal, pasando la iglesia de la Compañía y ya en las afueras; si fue iglesia y convento o simplemente iglesia; y si acaso te acuerdas de algunas de esas coplas que cantaban los payasos en las esquinas cuando salían a convidar por las tardes en Pisco; también dime si recuerdan ustedes que un circo Nelson y Vidal que hubo en Pisco, no tenía una chiquilla que trabajaba*

en el circo y que se cayó una noche haciendo una prueba y casi se mata o se mató." ([38], 839; [39], II, 640.)

El mundo de los gallos no conoció jamás a este Valdelomar pesquisante. Conoció, sí, a un talentoso *poseur* que fantaseaba la gallística pintándola sentimentalmente, y que indiestro para transmitírnosla con fidelidad, nos la entregó dulcificada. Pero la gallística es reciedumbre y violencia, y la violencia gallística es radical. Geertz dice con razón que la pelea de gallos es una exhibición de furia animal tan pura, tan absoluta y, a su modo, tan bella, que resulta casi abstracta, un concepto platónico del odio. ([16], 48.)

El auténtico gallo de riña, furioso, sañudo y pertinaz, casi hematólatra, no deja en ningún momento de batirse, soportando con admirable entereza la laceración y creciéndose ante el castigo cuando el dolor lo aprieta brutalmente. No hay golpe que lo acobarde, ni herida que lo haga cejar, ni entrañas salientes que lo apremien a la huida. (9)

El juego de gallos es, por consecuencia, manifestación sobresaliente de coraje. Deporte áspero y fragoso, tensa los ánimos y los exalta; es afirmación de la virilidad y abultamiento de la hombría. No nos sorprende, pues, que a una virago como doña Francisca de Zubiaga y Bernal de Gamarra, más conocida como La Mariscala, le haya gustado tanto el espectáculo gallístico. "*Asiste —dice Valdelomar— a los espectáculos más varoniles; se apasiona por las riñas de gallos, apuesta; le place el trato de varones; le interesa poco el de las damas, y comienza a ser el brazo director de los destinos de su marido.*" ([38], 483; [39], II, 20.) (10)

Pues bien: "El Caballero Carmelo" desfigura de cabo a rabo la gallística, no sólo porque noticia equivocadamente de ella, sino porque le exprime toda la savia, le quita vigor, fuerza y substancia, la deja sin testosterona y la priva así de bronquedad y machez.

"*Sin duda Valdelomar —escribe Sánchez—, por educación, temperamento o causas hormonales, no era un adicto a Venus; se mantuvo siempre en posición 'reluctante' frente al 'machismo' ostentoso y superficial de los 'criollos' de su tiempo y creó, en cambio, otro tipo de criollismo en el cual la contribución regional se acompasaba con la ternura, y en él se daban la mano, en íntimo consorcio, el primitivismo de la escenografía y de los personajes con un delicado sentido estético y de amorosa concesión a la belleza pura.*" ([34], 434.)

De acuerdo; pero reconozcamos también que la gallística no era compatible con ese criollismo valdelomariano; y aunque supuestamente lo fue en "El Caballero Carmelo", verdaderamente perdió entonces su esencia.